

11 18 Mayo 1920

CREDIT LYONNAIS

3435

Capital 200 millones de francos.

AGENCIA DE BARCELONA.

Apertura de cuentas corrientes con talonarios.—Depósito de títulos y objetos preciosos.—Descuentos y cobros.—Entrega de cheques y letras. Envío de fondos y pagos telegráficos (provincias y extranjero). Cartas de crédito para todos los países.—Ordenes de Bolsa, compra y venta de títulos al contado.—Compra y venta de monedas extranjeras.—Suscripciones. Descuentos de cupones pagaderos en España y en el extranjero.—Apertura de cuentas en pesetas, francos y libras esterlinas.

BASTONERÍA de Florencio Prats, Jaime I, 7. Gran novedad en bastones y boquillas, propios para regalos. Se fabrican y componen con toda perfección dichos artículos; único en su clase.

* Para **Sevilla**, con escalas en **Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz y Huelva**.—Saldrá de este puerto el domingo, 19 del actual, á las diez de la mañana, el vapor «La Giralda», capitán D. José Nuchera, admitiendo carga y pasajeros.

Consignatarios Sres. Busanya y Compañía, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

* Directamente para **Cartagena, Aguilas y Alicante**, saldrá de este puerto todos los sábados, á las diez de la noche, el vapor «Segovia», capitán don J. Escudero, admitiendo carga y pasajeros.

Consignatarios señores Busanya y C.^a, Plaza Medinaceli, 1, bajos.

* Directamente para **Alicante, Cartagena y Aguilas**, saldrá todos los sábados, á las ocho de la noche, el acreditado vapor español **Tajo**, de la casa Tintoré. Despachos: Mendizabal, 19, y Cristina, 5.

* Para **Sevilla** con escalas en **Valencia, Málaga y Cádiz**, saldrá de este puerto el domingo, 19 del corriente, á las diez de la mañana, admitiendo carga y pasajeros, el vapor «Andalucía», su capitán D. Francisco H. Rubio.

Consignatario D. Santos Palomo, Paseo Isabel II, núm. 3, bajos.

* **Se admite carga** para los vapores que salen los miércoles y sábados, para **Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Cádiz, Sevilla y Huelva** en combinación con los ferro-carriles, y para **Palma de Mallorca**, los lunes y viernes.—Dirigirse Luis Massa, Pórticos Xifré, 8 bis.—Teléfono 311.

Olivera

LA DEMOCRACIA.

El advenimiento de la democracia á la política y hasta á lo que no es política de los pueblos es hoy un hecho cuya legitimidad, cuyas consecuencias, cuya relativa oportunidad puede discutirse, y da verdaderamente grandes motivos de duda y de discusión; pero es una realidad innegable, es un hecho. Y como hechos de tal magnitud y tal universalidad no se presentan nunca en la historia casualmente, como nunca resultan efimeros é ineficaces, ni pueden borrarse y tomar otra vez las cosas desde antes de su aparición; como la Historia no se equivoca nunca ni hay camino perdido en ella, sino que los hechos históricos llevan su razón de ser en sí mismos, en su mera aparición y existencia, de ahí que el hecho democrático merezca ser considerado con atención y serenidad para poder ver lo que hay en él de circunstancial, de pasajero, de aparente, de injusto, y separarlo de lo real, de lo sustantivo, de lo lógico que el mismo aporta al caudal humano.

En eso, lo mismo que suele verse en el reino animal, el órgano ha aparecido antes que la facultad: las instituciones, los sistemas democráticos, han aparecido antes que las sociedades democráticas ó, al menos, han querido aplicarse á pueblos completamente ineptos todavía para servirse de ellos, para moverse libre y provechosamente dentro de aquellos mecanismos; y han sobrevenido natural-

mente desperfectos y dislocaciones en las ruedas de la máquina, y fatigas, mutilaciones y quebrantos en los que se han enredado con ella inoportunamente.

Esto ha hecho que unos esclamaran: «¡Odiosa y disparatada máquina! ¿No veis la pérdida de fuerza y de tiempo que su funcionamiento ocasiona? Hay que arrinconarla definitivamente y volver á los antiguos procedimientos hasta que se invente cosa mejor.» Y otros, mas ciegos todavía, mas desalmados, se han enterado y han dicho: «La máquina es excelente, lo sabemos de buena tinta, y hay que seguir adelante con ella, cueste lo que cueste, y caiga quien caiga.»

Para constituir una democracia viable, lo primero que se necesita es un pueblo democrático. Y es muy extraño que una verdad tan sencilla haya escapado á la penetración ó á la buena fe de algunos que en ciertos Estados actúan de grandes demócratas.

Estos, generalmente, han hecho el siguiente raciocinio: Un pueblo democrático tiene derechos individuales, sufragio universal, jurado, libertad de imprenta, de reunion, de cultos, etc., etc., pues démosle á nuestro pueblo sufragio, jurado y todas las libertades imaginables y cádate un pueblo democrático hecho y derecho.

Este raciocinio equivale al siguiente: Un hombre formado y robusto bebe, fuma, se afeita, levanta arrobos de peso, sube cuestas escarpadas, usa armas, etc.; pues cojamos un ser humano, aunque sea un sietemesino imberbe y escrofuloso, démosle licores, que fume, que se afeite, que se fatigue, que use armas, y héle aquí convertido en hombre. El muchacho resultará enteco, atrofiado, maton, vicioso... pero se habrán salvado los principios.

Y no es esto lo peor. El muchacho así tratado acabó por encontrarse tan mal que, á pesar de lo mucho que aquel sistema halagaba sus sentidos y sus pasiones, pidió por misericordia que lo volvieran al colegio, y á la cama y á un tratamiento adecuado. Se le ha vuelto á todo eso..... hasta cierto punto. Pero, ¿creen Vds. que entonces los grandes demócratas han procurado curarle de sus enfermedades, han favorecido higiénicamente el desarrollo de su cuerpo, han querido purificar sus instintos, elevar sus sentimientos, hacerle hombre, en fin? ¿creen Vds. que en la cátedra, en el libro, en el periódico, en la conferencia han procurado *hacer pueblo*, explicando á éste sus deberes antes de hablarle de derechos que todavía no tiene; que han procurado ilustrarle, elevarle, hacerle digno de aquellas doctrinas? Nada de eso. Los grandes demócratas han dejado la cátedra vacía dias y dias, el libro no ha parecido, el periódico solo ha servido para alimentar odios personales y disputas de pandilla, la conferencia se ha convertido en *meeting* populachero: los grandes demócratas lo han abandonado todo para correr al colegio electoral y allí preguntar al muchacho que ya ha empezado á olvidar sus sufrimientos, pero que está tan raquítico, tan imberbe y tan poco hombre como antes: «¿Quieres volver á fumar, á beber y á calaverear?» Y los bajos instintos del enfermizo le han obligado á gritar: «¡Sí!» haciéndosele la boca agua. Y los grandes demócratas han levantado la cabeza y han dicho: «¿Lo ven Vds? Ya le tenemos hecho hombre. El pueblo quiere la república: hay que dársela.»

No sabemos hasta qué punto la soberbia ó el afán de gobernar puede haber cegado á grandes inteligencias respecto á la significacion de recientes éxitos, respecto al valor en cantidad y en calidad de los sufragios obtenidos; pero creemos que pasado el entusiasmo irreflexivo de los primeros momentos, si es que ellos, los grandes, han llegado á participar de él sinceramente, se preguntarán con la mano en el pecho y fija la mirada en un horizonte mas dilatado que el de las cuatro paredes de un colegio electoral, hasta qué punto el pueblo que les ha votado es un pueblo democrático, y hasta qué punto pueden ellos cargar su conciencia con procurar á semejante pueblo unos derechos y unas instituciones que le fueron y le serian funestas.

Para hacer de nuestro pueblo un pueblo democrático (después de examinar atenta y desinteresadamente si, dadas sus condiciones de raza y de temperamento, podrá llegar á serlo algun dia) es necesario vulgarizar, hacer penetrar en él ideas y teorías como las espuestas en *Los Héroes*, de Carlyle, por ejemplo.

«Carlyle—dice el prologuista de la reciente edicion española—concilia lo que yo nunca he visto en otros autores *aristócratas* conciliado, lo que no he visto re-

suelto, por ejemplo, en el idealismo aristocrático de Renan ni en el diletantismo artístico y aristocrático de Flaubert: la *selección* espiritual necesaria para el progreso y aun para la salvación y conservación de la sociedad humana, y la *democracia*, indeclinable prurito moderno, necesidad bien ó mal recibida, pero evidente. Carlyle, como tantos otros, como casi todos los espíritus delicados y escogidos de los tiempos modernos, ha notado que en el triunfo político y social ya innegable de las multitudes, en el triunfo de la democracia, había peligros y había males ya presentes para intereses muy caros á la humanidad, para la flor de su progreso ideal y artístico principalmente; pero así como á cien escritores, filósofos y artistas, tal consideración les sirve para renegar de la revolución, de la vida moderna, de la democracia, en fin, y así como unos ven el remedio en un salto atrás, en la vuelta á procedimientos y creencias antiguos, y otros inventan oligarquías, aristocracias y hasta hierocracias mas ó menos paradójicas y fantásticas, Carlyle, lejos de tales sueños inútiles, aunque es claro que sin salir del reino de la esperanza, imagina un triunfo racional de los *mejores* dentro de la democracia misma, no anulándose ésta, sino elevándose hasta el punto ideal de *entregar su poder*, suyo, sin duda, en manos de los que mas saben, esto es, de los virtuosos y expertos, de los que tienen un ideal de *realidad*, de los que saben lo que pide la vida social en tal instante....»

Paralelamente á este órden de ideas afirma el sabio francés M. Ernest Lavisse, que toda verdadera democracia no puede vivir sin una aristocracia, como un animal vertebrado no puede vivir sin sistema nervioso.

Ahora bien, ¿en qué parte del mundo está ese pueblo dispuesto y con suficiente discernimiento para *entregar su poder* en manos de los *realmente mejores*? ¿En dónde esas aristocracias aptas para ser el sistema nervioso de las democracias?

En España menos que en ninguna parte tiene el pueblo aquel indispensable discernimiento: con igual entusiasmo vota á Salmeron que votaría al *Papa* de Coria si se presentara como candidato republicano. En España menos que en ninguna parte hay aquellas indispensables clases *directoras* en el buen sentido de la palabra: aquí no hay mas clase directora que la respetable clase de los caciques: los demás todos somos dirigibles: falta vigor y falta cultura.

Falta ante todo que los que sienten de veras el ideal democrático y tienen suficiente autoridad para hablar de él digan al pueblo de arriba y al de abajo, no: *¡á votar!* sino: *¡á trabajar!*; y ellos los primeros.

Entretanto ¡fuera los mecanismos democráticos que ya tenemos, mecanismos vacíos, muertos, que hoy no sirven mas que de estorbo y confusion, traídos por políticos escépticos é inconsecuentes! Ya estamos hasta la coronilla de parlamentarismo, y de sufragio universal, y de jurado y de palabrería. Hay que arrinconar todo esto hasta que podamos llenarlo decentemente.

Solo cuando llegue este caso (y, francamente, para una gran parte del pueblo español dudamos de que llegue nunca) podremos hablar con algun sentido de democracia. Lo demás es pura conversacion, puras ganas de hacerse el interesante: es celebrar Pascua antes del Domingo de Ramos. Y ya se sabe que la semana que va de Ramos á Pascua es semana de mucha meditacion, mucho ayuno y muchísimo silencio.

J. MARAGALL.

LAS CONFERENCIAS-CONCIERTOS DEL MAESTRO PEDRELL

EN EL ATENEO.

Hubo un día en que el arte musical se vió á punto de sucumbir ahogado bajo el peso de las combinaciones contrapuntísticas, de las secas fórmulas matemáticas, de los juegos científicos de los compositores belgas y holandeses—esto dicen al menos casi todos los manuales de la historia de la música, siguiendo complacientemente al abate Baini. El que debia ser, continúan, un arte que inspirara solo pensamientos altos y serios, que levantara el corazon de las muchedumbres religiosas, un arte digno de la casa del Señor, se habia convertido en servidor humilde de estravagantes combinaciones, dedicándose á resolver problemas pueriles de ciencia musical.